



EL LADRÓN DE RECUERDOS

Iván Alvarado

EL LADRÓN
DE RECUERDOS



Primera edición: diciembre de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Iván Alvarado

© Ilustración de cubierta: Rafa Gras

ISBN: 978-84-18544-32-3

ISBN digital: 978-84-18544-33-0

Depósito legal: M-26642-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi padre, por todos esos recuerdos que
me ha regalado y que nada ni nadie podrá robarme.*

El Cambio

Capítulo primero

334 d.G.

Todos tenemos un momento decisivo en la vida. Un instante del que no hay vuelta atrás. Un segundo donde todo lo que uno conoce cambia drásticamente. Ya sea para bien o para mal.

Para cada persona ese momento especial será único, inigualable. Puede llegar a ser una mirada, una sonrisa, la muerte, un sonido, una puesta de sol... Hay infinitas situaciones, todas ellas eternamente complejas, dependiendo de cada individuo. Es el Cambio.

Ojalá Daniel Salat pudiera haber dicho que su cambio fue una canción, la sonrisa de una chica, o un beso. Pero no: sin pedirlo ni desearlo, él fue una de esas personas escogidas para afrontar un cambio capaz de no solo trastocar el rumbo de su vida, sino el de todas aquellas personas que llegaron a aparecer a lo largo de esta.

Daniel siempre evocaría ese preciso instante y sus consecuencias como si hubiese ocurrido el día anterior, como si cada noche su mente viajara hasta ese preciso suceso. Lo recordaría hasta...

Lo recordaría como si el lapso de tiempo que existe en el corazón de su historia no fuese nada más que un suspiro, un mero parpadeo ante los ojos de los *gopal*.

Todo comenzó un jueves. Jueves de una lluviosa tarde de invierno. Jueves de la Semana Sagrada.

Era el día del recuerdo.

La grava crujía bajo sus pies a cada paso que realizaba, rompiendo así el encanto que se apreciaba en el bosque donde se hallaba. Los árboles se encontraban sumergidos en un profundo sueño, bañados por las caricias de la gélida agua que caía desmesuradamente del encapotado cielo, convirtiendo de esa manera el camino hacia las profundidades del bosque en un completo calvario fangoso. Pero a pesar de la situación, el lugar contenía cierto encanto que hacía que quedara aferrado a aquel lugar, y le incitara a seguir hacia delante. Las finas perlas que se desprendían del cielo no hacían otra cosa que hechizar aún más a aquella alma curiosa, creando a su alrededor un entresijo de formas y colores únicos.

Sin aviso de ningún tipo, la senda en la que se encontraba terminó abruptamente ante un gigantesco roble con un tronco y unas ramas colosales, que hacían que la mente de cualquiera viajara por el tiempo a través de su acartonada piel oscura. Quedó descolocado ante aquello. Le costaba creer que el camino acabara allí.

Daniel tenía esa sensación, esa clase de presentimiento, de que debía realizar una tarea, aunque esta escapara de cualquier tipo de comprensión o lógica. Era un momento importante para él.

¿Cómo había llegado hasta allí? A Daniel siempre le habían fascinado los libros y todas aquellas historias que llegaban a albergar entre sus páginas... E irremediamente él también emprendió su viaje a través de las letras y comenzó a crear sus propias narraciones, aunque no fuesen muy buenas y estuviesen repletas de los tópicos de los géneros en cuestión.

Pero aquellos caracteres habían parado de inspirarlo. Hacía ya semanas que, sin motivo aparente, sus historias, única y exclusivamente, se centraban en aquel bosque que se encontraba a escasos kilómetros de su hogar. Estaba enfermo. La enfermedad de las letras. Y por mucho que lo intentara, era imposible detenerse. Durante todas las horas que pasaba en la escuela, escribía y escribía. Todos sus relatos se basaban en leyendas e historias que

podían llegar a albergar los viejos troncos que lograba vislumbrar desde su habitación.

Fue así como, con el estómago encogido y el clima en su contra, decidió echar un vistazo a aquel lugar que le tenía obsesionado desde hacía tanto tiempo. No aguantaba más. Encontrarse con aquel árbol no entraba dentro de sus planes. No es que albergara muchas expectativas, pero al menos había tenido la esperanza de toparse con algo. Cualquier cosa. En cuanto la ilusión abandonó su cuerpo, notó como la ropa, completamente empapada, se adhería a su piel, produciéndole un escalofrío.

Pero ya había llegado hasta allí, y no iba a marcharse con las manos vacías. Así que, con mirada decidida, rodeó el roble y caminó tras él sin rumbo fijo entre la maleza, custodiado por la madre naturaleza y la atenta mirada de los árboles, que hablaban entre ellos con el crujir y los susurros producidos por el viento.

Caminó sin detenerse hasta que llegó tal momento en que la lluvia desapareció entre las altas y ramificadas cúpulas que ofrecían aquellos imponentes acompañantes. Se sentía observado. Veía sombras tras todos y cada uno de los troncos y la red de raíces que se extendían hacia todas las direcciones a la que su vista podía abarcar; el viento acompañaba leves rumores, susurros, con su nombre flotando en ellos; incluso podía llegar a notar el gélido aliento de las sombras acechando tras su nuca.

El joven muchacho siempre había tenido una imaginación desbordante... Pero aquel lugar era como una llave en su mente, que abría la puerta en la que yacían una multitud de historias que huían despavoridas de su interior, materializándose ante sus ojos. Se podría decir que el cambio sucedió a partir de aquí, a los pocos minutos de aquella situación.

—Daniel...

Aquella voz no procedía de su imaginación. Alguien había pronunciado su nombre. Alguien que sabía quién era, y que se encontraba a varios kilómetros de la civilización. Solo ellos dos, junto a la atenta mirada de los gopal.

Su corazón empezó a latir más fuerte, y en sus extremidades aparecieron unos ligeros temblores, como si estuvieran formadas únicamente por gelatina.

—Daniel... —escuchó de nuevo aquella voz tras de sí. Fuera quien fuera, se encontraba cerca.

En cuanto se giró, el muchacho se quedó sin respiración. Allí, entre los árboles, se hallaba una figura. Un hombre surgido de las sombras. Tenía una descuidada barba que se arremolinaba en ciertas partes, dejando otras completamente al descubierto; su ropa, a pesar de ser de alta costura, presentaba un aire dejado y tenía manchas oscuras repartidas por toda ella. También le faltaba un zapato, dejando así al descubierto un desgastado calcetín agujereado y empapado por la sangre de su propio pie; también pudo observar que entre sus finos brazos llevaba una vieja libreta de cuero...

Pero lo que aterrorizó a Daniel Salat aquel día, lo que le persiguió durante todos y cada uno de los años de su vida, no fue otra cosa que su mirada. Aquellos ojos inyectados en sangre. Los ojos de un demente, los ojos de alguien que lo había perdido todo y que ya no era capaz de ofrecer nada más al mundo que le rodeaba. Unos ojos que, sin embargo, le resultaban familiares. ¿Pero de qué?

Como persona normal, el chaval, actuó de la forma más sensata posible. Echó a correr. No le detuvieron las ramas que rasgaban su rostro, ni las rocas que le obligaban a caer y arrodillarse ante el frío y pedregoso suelo.

—¡Daniel! ¡Daniel! ¡Daniel!

Ya no se trataba de un susurro, aquel hombre gritaba con todas sus fuerzas, acechándole. La única salida que podía encontrar Daniel era apretar el paso y proseguir hacia delante, evitando mirar atrás. Tras varios minutos de persecución, perdió de vista al demente. Aquello era la buena noticia. La mala era que no sabía dónde se encontraba.

Tenía miedo de volver tras sus pasos y toparse de nuevo con él, así que miró hacia la zona más alejada posible de donde había encontrado al hombre, y rezó para que este camino trazado en su

mente le llevara hasta el mismo límite del bosque, y así poder volver a la civilización.

Sus sentidos estaban alerta, atentos ante cualquier cosa que no cuadrara en el mar de árboles en el que navegaba. La situación se complicó cuando en apenas unos instantes, una tupida niebla se instaló entre los troncos, creando un océano de blanquecinas aguas, las cuales el joven Salat no era más que un solitario velero a la deriva. Perdido y sin rumbo fijo.

Poco a poco sus ojos se fueron adaptando a aquel velo que cubría sus ojos, haciendo que al menos pudiera apreciar aquello que se encontraba a dos palmos de su rostro. El hombre podría encontrarse a escasos metros de él, y no se daría cuenta hasta que lo tuviera encima. Aquello era lo peor, tener miedo de algo que no era capaz de ver, y mucho menos afrontar.

Estaba tan enfrascado observando las inexistentes presencias a su alrededor que no llegó a ver que el terreno terminaba abruptamente en una especie de barranco, cosa que originó que irremediablemente se precipitara al vacío sumergiéndose en aquel mar de niebla. Abrió la boca, pero ningún sonido surgió de ella.

Rodó sin parar hacia abajo, como si se encontrara en un oscuro y siniestro pozo sin fondo. El tiempo no existía, y a la vez era infinito... Cada vuelta que daba sobre sí mismo, el tiempo se detenía, ralentizándose, haciendo que la situación fuese horriblemente eterna.

Rodó y rodó hasta que al final todo se detuvo, y se quedó boca arriba observando el nuboso cielo que le observaba con intensidad.

Se encontraba en el claro. Se encontraba en su Cambio.

Capítulo segundo

334 d.G.

¿Dónde se encontraba? Miró a su alrededor extrañado. Sentía como si su cuerpo fuese una multitud de piezas de un puzle disueltas entre los arbustos. No había ni una sola parte en la cual no sintiera dolor. Estaba boca arriba justo en el lindar de un pequeño claro. Las ramas se apartaban asustadas del hechizo que conjuraban las frías nubes sobre ellas.

Se fue incorporando lentamente con una mueca de disgusto y observó a su alrededor. ¿Le estaría observando aún aquel hombre, o se había conseguido librar de él? Un momento, ¿qué era aquello que sobresalía del centro del claro? Se acercó a la extraña escultura erigida allí, y se plantó a unos escasos metros de ella, observándola. Era una especie de cúpula. Una cúpula hecha de piedras, centenares, que encajaban a la perfección originando aquella curiosa forma. La maleza crecía a su alrededor, pero no sobre ella, ahuyentada por una especie de maldición que yacía en todas y cada una de las rocas que la configuraban. Todas ellas eran del mismo color, un tosco granito.

Dio un par de vueltas a su alrededor extrañado. Estaba seguro de que aquello no era una formación natural. Pero entonces, ¿quién la había construido ahí, tan lejos de todo lo conocido? Y, sobre todo, ¿qué significaba?

Después de venerar el extraño monumento fue invadido por un impulso y golpeó la estructura con el pie. Al ver que no cedía, siguió golpeando con más y más fuerza hasta que al final desistió.

Era muy resistente. Aquello no lo había hecho ningún chiquillo, era una obra inteligente y bien elaborada. Incluso sentimental, pero no sabía qué trataba expresar. Todo aquello era muy raro.

Posó su mano justo en la cima de la cúpula y tomó aliento por unos instantes. Aquel lugar tenía algo extraño que no conseguía identificar. Quizás era aquella tranquilidad que emanaba todo cuanto le rodeaba, aquella calma que invadía todo su cuerpo como si fuese víctima de algún estupefaciente.

Entonces lo oyó, un fuerte zumbido. Era un sonido único, que denotaba profundidad, poder, sabiduría...

Cerró los ojos por un instante y se dejó embriagar ante aquel aullido de la tierra. El grito de la naturaleza. Sabía qué significaba aquel sonido. No sabía cómo, ni porqué, pero lo reconocía. Al igual que también tenía la certeza de que era imposible. No se encontraba a tanta altura. Incluso se había caído. Se encontraba a muy poca altitud. Entonces... ¿qué era aquello?

El sonido provenía de detrás de los árboles que se encontraban al norte de la cúpula. El musgo solo crecía en aquella dirección, siendo tan solo el recuerdo de un sueño en la zona restante del tronco. Se dejó llevar hasta que el cielo y las rocas acudieron a recibirle. Allí el zumbido se incrementó, haciendo que el cuerpo de Daniel se tambaleara. El viento.

Ante él se abría una pequeña plataforma de piedra que daba al vacío. Aquello no era posible. Caminó por la plataforma luchando contra aquella fuerza invisible que le hacía retroceder hacia atrás. En el centro de la plataforma se quedó parado, mirando hacia arriba y reteniendo el aliento.

Una multitud de marchitas hojas danzaban suspendidas en la nada realizando un complejo baile al son del viento. La joven alma quedó anonadada ante tal espectáculo, y cuando al fin este llegó a su fin, dejando caer todas las hojas al vacío, reaccionó, parpadeando rápidamente y frotándose los ojos con ahínco.

Quería saber a cuánta altura se encontraba. A cada paso que daba un temblor persistente crecía en sus piernas. No es que tuviera miedo a las alturas, únicamente le daban respeto. Mucho respeto.

El viento hacía que se tambaleara de un lado hacia el otro. Ya no le quedaba mucho para llegar al risco. Debía ser fuerte y aguantar. Tenía que averiguar donde se encontraba. Siguió avanzando. Ya le faltaba poco para arribar a su destino. Segundos. Pero el viento no hacía más que incrementar el temor de caer a la nada y unirse a ella.

Al fin, se asomó al borde y su vista se perdió ante el infinito de la caída.

—¿Pero qué...?

Allí abajo, tras kilómetros de distancia, podía alcanzar a ver lo que era una especie de selva. ¿Qué hacía un lugar como aquel entre unas montañas rocosas? No encajaba con el clima. En realidad, nada encajaba. ¿Podía llegar a ser un sueño? ¿O quizás una alucinación? No, era demasiado real para que fuera producto de su mente. Y aquella certeza no hacía nada más que crearle una multitud de conflictos internos.

Alzó la vista de aquella exuberante vegetación que veía a lo lejos y su vista se posó en unas figuras semiocultas entre las formas rocosas de la cordillera y la niebla. Unos montes que tampoco deberían hallarse en aquel lugar. Sin embargo, allí estaban y, en ellas, una especie de torreones se alzaban intentando tocar el infinito. Todos y cada uno de ellos empezaban en una semiderruida muralla cubierta por una vegetación de brumas y secretos que serpenteaban entre las rocas. Ocultándola, uniéndose a ella.

Que él supiera, no existía ninguna especie de castillo por la zona. Bueno, siguiendo la lógica, nada de aquello debería existir. Pero, sin embargo, allí estaba. Ante él, desafiándolo y retándolo a que intentara descifrar el enigma ante el cual se encontraba.

Un puño aferró su estómago. No estaba hecho para estar a tanta altura. El viento seguía tratando de arrojarle a la nada que aguardaba pacientemente bajo él. Sentía la mente embotada, impidiéndole pensar con claridad. El corazón empezó a latirle más deprisa, y comenzó a marearse. Se sentó en el suelo y dejó que su respiración se estabilizara, calmando su mente y serenándola lentamente.

El tiempo transcurrió ante él sin que se inmutara, hasta que al final se encontró con fuerzas suficientes para levantarse. No podía permanecer allí sentado eternamente, debía hacer algo. Volvió a alzar la mirada y dejó que esta se posara en los sueños perdidos que aquellas olvidadas ruinas ofrecían. No sabía dónde se encontraba, así que no tenía nada mejor que hacer. Iba a investigar que significaba aquel lugar y cómo era posible que hubiera permanecido oculto por tanto tiempo. Nunca nadie le había comentado su existencia. Nunca.

Caminó por el borde del precipicio con el corazón en puño, intentando encontrar algún modo para ascender hacia el misterio que le aguardaba en las alturas. Llegó un momento en el que ya no pudo seguir debido a su temor. Así que decidió internarse en la maleza, intentando trazar una ruta mental por la cual podría llegar a su destino. Solo faltaba que apareciera aquel hombre de nuevo...

Apartó aquel pensamiento de su mente y prosiguió caminando, no sin antes aferrar un buen tronco entre sus manos que se encontró en el frío y húmedo suelo. Entonces, cuando menos se lo esperó, apareció ante él. Una fisura en la gris roca, dejando al descubierto unas arcaicas escaleras que ascendían hasta donde alcanzaba la vista. Las rocas a su alrededor estaban plagadas de musgo, ofreciendo un toque abandonado y dejado a la escalinata.

Inició el ascenso, observando donde colocaba sus pies en los húmedos peldaños, los cuales trataban de impedir su labor, haciendo que se resbalara a cada instante que se distraía. El pie de Daniel se posó sobre unas hojas y perdió el equilibrio, cayendo unos pocos escalones más abajo. Fue allí cuando, cerca de su rostro, observó una inscripción en uno de los escalones. Estaba muy desgastado por el tiempo y la exposición al ambiente, pero aún se podía apreciar su contorno. Apartó la suciedad y, aún tumbado incómodamente, observó que se trataba de un dibujo.

Dos triángulos que se encontraban rodeados por una especie de semicírculos. Estos creaban una circunferencia perfecta, que era donde se encontraban las dos pequeñas figuras.

¿Qué significaba aquello? La verdad es que no tenía ni idea de a lo que podía llegar a referirse. Pero ¿para qué preocuparse por ello? Se levantó y se limpió las palmas de las manos en los pantalones y prosiguió su camino, no sin antes regalarle una última mirada a aquel extraño dibujo que le había llamado tanto la atención.

Las nubes se apoderaron de Daniel, envolviéndole y llevándole con ellas a su misterio en ruinas. Iban a compartir su preciado secreto con él, tras la espera de muchos siglos en silencio... Todo lo que una vez fue tenía que volver, era la ley irrefutable del universo, y sus frías acompañantes lo sabían. Lo sabían mejor que nadie.

Le guiaron por la oscuridad de las rocas, le susurraron sus historias, sus anhelos, sus pecados... Y cuando el joven Salat se encontró completamente perdido, solo entonces, aparecieron ante él los restos de aquel lugar ancestral que gritaba poseído que alguien desvelara su pasado junto con su historia única e inigualable. Desde abajo no había logrado observar la grandeza que emanaba aquel lugar. Era una ciudad de dioses.

La muralla, a pesar de estar semiderruida, se extendía hacia lo alto junto a los torreones. Ante él se abría un portón, invitándole a entrar a una época muy lejana. Sintió en su pecho una especie de reverencia hacia aquel lugar, quizás se debía al misterio que creaba en su mente, o quizás hubiera algo mucho más profundo que solo el tiempo podría llegar a solventar.

Tras la muralla una ciudad le recibió. Era gigantesca, espléndida. Digna de grandes reyes, o al menos lo había sido... No era más que un simple recuerdo, un persistente sueño que seguía durando hasta entonces, pero un sueño, al fin y al cabo.

Se adentró por los callejones, asombrándose ante todos y cada uno de los detalles que conseguía vislumbrar, y dejó que sus pies le guiarán a través de aquel arcaico laberinto. Las calles estaban desérticas, completamente abandonadas. Pero sin duda alguna en su época debió de ser un lugar lleno de vigor e ilusión. Un lugar nacido de la imaginación.

Entonces llegó a una gran plaza.

No llegó a adentrarse en ella por temor a lo que encontró. Ante sus pies se extendía un número infinito de esqueletos, todos ellos amarillentos por el paso del tiempo, esparcidos, acumulados unos sobre otros, creando un segundo y aún más frágil suelo quebradizo. Aquello cada vez era más irreal. Un movimiento en el centro de la plaza hizo que sus sentidos se agudizaran y que actuara como siempre había hecho. Corriendo. Seguro que se trataba de aquel hombre de nuevo. No sabía cómo pero seguro que había asesinado a todas aquellas personas. No lo dudó ni un instante, y corrió perdiéndose aún más en aquel océano de ladrillos y tiempo perdido.

Escuchaba pasos tras de él, a escasos metros, pero cuando echaba la vista hacia atrás, solo se topaba con la nada. E incluso le pareció escuchar gritos y voces entre los callejones que iba atravesando. Lamentos en los más oscuro de su mente. ¿Se estaba volviendo loco? Quizás.

Volteó una esquina y se encontró ante un edificio de color rojo que había perdido el resplandor que una vez pudo llegar a tener, aún podía llegar a apreciarse unas espirales doradas dibujadas sobre su superficie. Era el edificio más grande que había por la zona, así que presa del pánico y atraído hacia él, no dudó en dirigirse directamente hacia sus gigantescas y mohosas puertas. Las abrió con el ceño fruncido ante lo ligeras que eran, deberían pesar mucho más debido a su enorme tamaño. Se adentró bajo el manto de oscuridad que ofrecía el edificio y cerró tras de sí los portones de madera.

Los segundos transcurrían ante Daniel, y poco a poco sus ojos se fueron adaptando a la noche del recinto. La estancia en la que se encontraba era inmensa. Giró sobre sí mismo intentando captar la mayoría de detalles posibles. Ese sitio era de ensueño. Se fijó que en una de las paredes había cuatro letras trazadas y decoradas hermosamente. NAVI. Bajo ella se encontraba una especie de tronco de una oscura madera. ¿Qué significaba aquella palabra? ¿Era aquella estancia real? Más preguntas. Ni una sola respuesta.

Un temor empezó a crecer en su pecho. No tenía nada que ver con los que había sentido ese mismo día durante la persecución del

bosque, ni tampoco con el descubrimiento de la ciudad en ruinas. Este era peor. Mucho peor.

Era el miedo nacido de lo desconocido. Temor a algo que su mente conocía, un secreto que solo un susurro transmite, un susurro que Daniel oía, pero no escuchaba. Era una sensación carnal, nacida del temor a la muerte, el sufrimiento, el dolor, e incluso el amor... ¿Cómo era posible que esas cuatro letras le llegaran a producir tal pavor? NAVI. Con pies temblorosos caminó hacia el trono, y casualmente sus pies tocaron contra algo que reposaba en el suelo. Se arrodilló y tanteó con dedos temblorosos en la polvorienta superficie hasta que sus manos se toparon con el objeto en cuestión. Era un libro: *El ladrón de recuerdos*.

Lo miró con ojos curiosos y sin dudarlo ni un solo instante abrió el libro para hojearlo brevemente. Tal simple gesto desencadenó el infierno, ya que una gutural voz bramó de la más profunda y aterradora de las noches, mientras que esa oscura mancha de sufrimiento se dirigía directamente hacia Daniel Salat.

—¡No! —retumbó por toda la sala una arcaica voz.

Y antes de que el joven pudiera hacer algo para evitarlo, la sombra impactó contra él, lanzándole por los aires. Ante los ojos de Daniel todo daba vueltas, hasta que su cabeza impactó contra el frío y abandonado suelo, a los pies de aquel trono que estaba coronado por unas púas de un rojo carmesí. Lentamente, fue sumiéndose en una eterna pesadilla de ciudades abandonadas y océanos de muertos.